

tan crueles como Herodes, que por unas ligeras sospechas, encarceló y quitó la vida á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro. Es menester conocer cuidadosamente el genio de vuestros hijos: sin esta previa noticia, que la considero de suma importancia, jamás será el castigo oportuno ni moderado. Si el genio de vuestros hijos es tierno, dulce, pacífico y afectuoso, una mirada severa será bastante: todo otro castigo lo tengo por supérfluo. Su mismo temperamento, inclinado naturalmente á la piedad, les dará en rostro con su defecto; la vista severa y como enojada de sus padres los llenará de rubor, y esto es bastante castigo para ellos. Si el genio de vuestros hijos es impetuoso y atolondrado, que obra sin reflexion y sin prudencia, pero tambien sin malicia, suspended el castigo hasta que hayan pasado aquellos primeros movimientos de su atolondramiento, y entónces usad de la correccion; porque si ántes los castigais, se aturdirán cada vez más, con nada acertarán, y ni ellos sabrán lo que hacen, ni por qué los castigais. Si el genio de vuestros hijos es soberbio, arrebatado y colérico, que á la manera de un relámpago se inflama y enciende en un instante, dejad apagar un poco aquella llama, no los castigues vosotros encolerizados, haceldes conocer primero su defecto, y aplicadles despues el conveniente castigo. Tal vez un vestido humilde y roto, el negarles el almuerzo ó la merienda en aquel día, ó prohibirles la diversion con los otros niños, será el castigo más sensible para ellos, y el más provechoso. Si su genio fuese tímido, débil, cobarde y espantadizo, pienso que el mejor remedio de sus defectos seria proponerles un premio de los que más les gustan, si en toda una semana no cometen la misma falta. Acaso por este medio podria conseguirse el sacarlos de su timidez y cobardía, y proporcionarlos para acciones nobles é importantes. Si el genio de vuestro hijos fuese taciturno, redomado, traidor, que se complace en hacer daño á los otros niños, en contar chismes, en hurtar cosillas de corta entidad, y que mira con tédio y con horror todo ejercicio de virtud, os compadezco de verdad, padres de familias, pues criais en vuestra casa unos verdugos de vuestra vejez, si con el más severo castigo no amoldais aquel temperamento fatal y aquella mala indole de vuestros hijos, que empieza en su niñez á descubrirse con señales tan funestas de su malignidad. En suma, hermanos míos, el castigo ó la correccion deben ser proporcionados á los delitos, y aplicados oportuna y prudentemente, despues de conocido el genio, el temperamento y la complexion natural de vuestras criaturas: de otro modo todo es perdido: ni el castigo viene á tiempo, ni es proporcionado al delito, ni se aplica con aquella serenidad y entereza que conviene, sinó con un furor y una

rabia que escandalizan y empeoran en vez de aprovechar. La correccion y el castigo ha de ser segun Dios, dice el apóstol S. Pablo, no segun el impetu y el furor de las pasiones. ¡Oh! quiera la divina Majestad, que vosotros, de hoy en adelante, de tal suerte proporcionéis el castigo, que consigais con él la enmienda de vuestros hijos, no vuestra venganza. Que de tal manera os presentéis delante de ellos, que seáis el más ilustre modelo y el ejemplar más perfecto de todas las virtudes; que de tal modo los enseñéis, que salgan instruidos en los preceptos de la divina ley y en las obligaciones de todo hombre de bien; y que, finalmente, de tal suerte los améis, que no los perdais eternamente, sinó que los ganeis para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

---



---

## PADRES.

(SUS DEBERES.)

### II.

*Credidit ipse, et domus ejus tota.*  
Creyó él y toda su familia.

(JOAN. IV. 53.)

El primer deber de una cabeza de familia que concibió el designio de servir á Dios, es procurar que este soberano Señor sea servido por todos los que de él dependen; y no puede trabajar con utilidad en su salvacion, si no conduce por el mismo camino por donde él vá á los que la divina Providencia confió á su cuidado. Asi vemos en la Escritura, que cuando elogia á aquellos padres y aquellos amos que se distinguieron por su fe y su piedad, los considera casi siempre acompañados de sus hijos y de sus domésticos. Si habla de Abraham y de Sara, hace al propio tiempo mencion de Isaac: si habla de la madre de Samuel, comprende en ella á este digno hijo: si publica las virtu-

des de Zacarías y de Isabel, no olvida á S. Juan Bautista: si hace elogio de la madre de los Macabeos, en el encierra el de sus fieles y generosos hijos: si nos describe las bellas cualidades del centurion Cornelio, dice inmediatamente que era religioso y temeroso de Dios con toda su familia.

Hoy nos propone bajo la misma idea un oficial, que habiendo sabido que Jesucristo venia de Judea á Galilea, le pidió que fuese á su casa á curar á su hijo que estaba para morir. Habiéndole Jesús dicho: Ve, tu hijo está bueno: creyó á la palabra del Señor y se fué: yendo de camino, le salieron al encuentro sus criados á decirle que su hijo estaba bueno. Se informó del tiempo en que se habia hallado mejor, y le respondieron: cerca de las siete le dejó la calentura: él reconoció que era precisamente la hora en que Jesús le habia dicho: tu hijo se halla bueno; y entonces lleno de reconocimiento á este admirable y poderoso medico, creyó en él con toda su familia.

Este oficial cumple con todos los deberes de un padre de familias. Su hijo está enfermo: lo cuida, y pide á Jesucristo su curacion: no contento con velar sobre lo que necesita el cuerpo, mira á las necesidades del alma, y empeña á todas las personas de su casa á creer con él en Jesucristo. ¡Oh, qué bello ejemplo para vosotros, padres y madres! imitadlo.

Hay en vuestros hijos dos géneros de necesidades, unas temporales y otras espirituales. Debeis atender á las unas y á las otras. Ved aquí á lo que deben dirigirse vuestros cuidados, y el amor que debéis tener á aquellos á quienes habeis dado la vida. Es necesario trabajar en la educacion de vuestros hijos, y en su colocacion en el mundo. Este es vuestro primer deber. Es necesario formarlos en la piedad é inspirarles la virtud. Ved aquí el segundo deber. Propóngome demostraros su importancia en las dos partes de este discurso. A. M.

1. El matrimonio es un yugo más pesado de lo que se cree, y S. Pablo, que lo mira como una honrada, pero dura y necesaria servidumbre, nos asegura que los que se empeñan en él, no dejarán de sentir muchas aflicciones y trabajos, que él querria ahorrárlas: *Tribulationem carnis habebunt hujusmodi; ego autem vobis parco* (I Cor. vii, 28). Aflicciones y penas de cuerpo. Madres, vosotras lo sabeis demasiado; angustias, convulsiones, males agudos é insoportables son los dolores con que dais vuestros hijos á la luz; cuidados continuos en acallarlos, traerlos en brazos, vestirlos, adormecerlos, estas son vuestras ocupaciones y vuestra cruz despues que salieron

de vuestras entrañas. Las aflicciones y las penas de ánimo son aún mayores que las del cuerpo. Padres y madres que tenéis un poco de sensibilidad, sois buenos testigos de ello; porque sin hablar de las inquietudes, de los embrazos, de los sentimientos que muchas veces os da la mala conducta de vuestros hijos; sin hablar del temor que os atormenta de que deshonren vuestra familia por su conducta desordenada; la obligacion que tenéis de educarlos cristianamente ¿no es por sí sola una gran penalidad? A esto no obstante os empeña vuestro estado, y esto es el primer precepto que os impone el apóstol: *Educate illos*. Esta educacion, en cuanto á lo temporal, exige de vosotros tres cosas: alimento, vestido y colocacion.

Debeis sustentar á vuestros hijos y sustentarlos cristianamente. Propones para este efecto el ejemplo de Jesucristo: es nuestro Padre comun, y nosotros todos somos sus hijos: *Filios enutriti*, dice por uno de sus profetas (ISAI. i, 2). Pues ¿cómo nos alimenta? Además del pan material, que su providencia nos suministra cada dia, nos da el alimento de su cuerpo y de su sangre en que se compara al pelicano, como lo advierte S. Agustín: *Similis factus sum pellicano solitudinis* (PSALM. ci, 7). El pelicano es un pájaro que vive en los desiertos de Egipto; se dice (ARC. III.) que cuando ve á sus hijuelos picados de la serpiente, procura animarlos con la sangre que saca de su cuerpo á picaduras. Ved aquí lo que el Salvador ha hecho por nosotros sobre la cruz, y lo que hace todavía en la Eucaristia. ¿Es este el ejemplo que seguís, madres bárbaras, que no haceis caso de vuestros hijos, los exponéis á las puertas, y los abandonáis á la caridad y á la compasion pública? ¿Es esto lo que practicais vosotros, padres dilapidadores, jugadores, corrompidos, que por vuestra desordenada conducta reducis vuestros hijos á la mendicidad? ¡Ah! ¿cómo dariais vuestra sangre para sustentarlos, vosotros, que ni siquiera abris vuestro bolsillo para ministrarles pan? En vez de ser semejantes al pelicano, imitais al avestruz; y esto es de lo que se queja el Señor mismo por su profeta Jeremias. Las bestias feroces descubrieron sus pechos, dieron leche á sus hijuelos; pero la hija de mi pueblo es cruel como un avestruz: *Lamix nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis quasi structio* (THREN. iv, 5 ET 45). El avestruz es un animal sobremanera gloton; echadle hierro, estaño, plata, todo lo traga y todo lo digiere; pero con sus hñuelos es cruel hasta el último extremo; porque, como se dice en el libro de Job, se contenta con poner huevos y los deja en la tierra, sin curarse de que pueden ser pisados de los pasajeros. Si alguno de estos huevos, fomentados por los rayos del sol, llegan á salir y recla-

man por su madre, ésta es tan insensible á sus clamores como si no fueran suyos. ¿No es esto lo que haceis vosotros, padres y madres desnaturalizados? Consumis como el avestruz la plata, el hierro, el estaño, porque es necesario venderlo todo para contribuir á vuestras disoluciones y á vuestros devaneos: que vuestros hijos estén en la miseria, que anden desnudos, que mueran de hambre, nada os importa y lo mirais con la misma indiferencia que si no fueran vuestros. ¡Ah padres crueles! no mirais que abandonando así á vuestros hijos, caerán en delitos que deshonrarán toda vuestra familia. Esa hija tal vez se prostituirá; ese hijo tal vez se hará un ladrón. Vosotros debéis sustentar á vuestros hijos y sustentarlos cristianamente. Dadles en casa lo necesario, y no permitais que se entreguen á los vicios.

Los padres deben vestir á sus hijos. Es cierto que cuando los hijos ganan alguna cosa deben entregarla á sus padres; pero también es cierto, por otra parte, que los padres están encargados de vestirlos y mantenerlos honradamente, según su estado y su condicion. Cuando los padres faltan á este deber, exponen á sus hijos á que cometan robos domésticos, y que disipen la hacienda de la casa. No se os pide que favorezcáis el orgullo, el lujo y la curiosidad de vuestros hijos; al contrario, les debéis inspirar horror á las modas, á los adornos y á las vanidades del siglo, porque á todo esto renunciaron en el bautismo; dad lo que es debido á la necesidad y á la decencia, y no lo que desea la pasion.

Debeis proveer con prudencia á su colocacion, procurando que tengan con que subsistir. Hay padres que no aman bastante á sus hijos, que los abandonan y los dejan vivir con libertad y en la ociosidad; esta es una falta muy considerable, porque uno de los más importantes consejos para los padres y las madres es el que les da el Sabio: *in te tibi sunt erudi illos, et curva illos á pueritia illorum* (ECCLES. VII. 23). Si tenéis hijos, instruidlos bien y acostumbra los al trabajo desde su infancia; aplicadlos á profesiones útiles y convenientes á su estado; hacel los aprender algun oficio con que puedan ganar su vida de un modo honrado. Hay también padres que aman demasiado á sus hijos, ó que no les aman igualmente. Este amor desarreglado es causa de que trabajen con exceso en dejarles con que subsistir y muchas veces por medios criminales. No temen cometer injusticia; y á fin de enriquecerlos, reparan poco en los medios de juntar dinero, una vez que se lo dejan. El demonio hace entónces con ellos un pacto semejante al que hizo el rey de Sodoma con Abraham: abenlóname las almas, le dijo, y lleva lo demás. Haced injusticias, usurpad, robad; ved aquí el medio de enriquecer á vuestros hijos,

sacrificándome sus almas y las vuestras. Este amor desarreglado ó desigual de los padres y de las madres para con sus hijos, es también causa de que se consagren enteramente á los intereses de algunos, y menosprecien y abandonen á los otros. Convento en que las buenas cualidades de un hijo pueden empeñaros á que le mireis con más ternura que á sus hermanos; pero gos necesario que esta predileccion de los unos sea dañosa á los otros? Trabajad en su acomodo; pero sea con una aplicacion igual: juntadles en buen hora hacienda, pero no se la junteis á expensas de su salvacion y la vuestra.

Ohrad, pues, padres y madres, con gran prudencia, trabajando en la colocacion de vuestros hijos, y no extendais vuestras miras demasiado léjos; deteneos en una justa mediania, y aplicaos sobre todo á que vivan como buenos cristianos. Haced con ellos lo que los padres de la casta Susana practicaron con su hija: tuvieron cuidado de que su hija fuese instruida en la santa ley. Sabeis que vale más que vuestros hijos sean menos ricos, según el mundo, y que estén más instruidos en la religion. Ladrones y tramposos podrán quitarles los bienes que les hubiereis juntado; pero ninguno podrá quitarles la buena educacion que les diereis. Habiéis visto en qué consiste ésta para lo temporal; no me resta sino haceros ver lo que les debéis para lo espiritual.

2. Padres, el Apóstol no solo os dice, que eduqueis á vuestros hijos; añade que debéis educarlos santamente y formarlos para la virtud: *In disciplina, et correptione Domini*. Para este efecto debéis instruirlos, corregirlos y darles buen ejemplo. Padres, vosotros sois los maestros, los predicadores y los apóstoles de vuestros hijos; sois los pastores de este pequeño rebaño y de esta iglesia doméstica, como la llama S. Pablo (I Cor. xvi. 19). Dios os ha impuesto este cuidado, y tenéis el honor de ser los custodios y protectores de aquellos que Jesucristo su hijo ha venido á salvar. ¡Cuán glorioso es este ministerio! Procurad cumplir bien con él. Instruid con tiempo á vuestro hijo, hacel le mamar la piedad con la leche, y será vuestro consuelo y vuestro apoyo en la vejez. Yo advierto, hermanos míos, que esta obligacion es de tanta importancia, que Dios renovaba sin cesar su memoria á los judios: Ved aquí, dice en el Deuteronomio (DEUTER. VI. 6) hablando á su pueblo; ved aquí la ley que yo os doy; quiero que esté grabada en vuestro corazón: *Erungue verba hæc, quæ ego principio tibi hodie, in corde tuo*. Esto no es bastante; quiero que de tu corazón pase á tus labios, á fin de que la anuncies á tus hijos: *Et narrabis ea filiis tuis* (DEUTER. VI. 7). No dejéis de referirles todo lo que el Señor ha hecho en favor vuestro. Eramos esclavos en Egipto.

to; para sacarnos de esta esclavitud, ha manifestado el Señor su poder; ha hecho morir á todos los primogénitos de los egipcios, y en reconocimiento de este beneficio le consagramos los nuestros; esto es lo que nuestros padres nos han enseñado. ¿Para qué son esas advertencias tan frecuentes en la Escritura? Para que conozcáis, padres, que el primero y el mayor cuidado que debéis tener es el de enseñar á vuestros hijos, no la galantería y las vanidades del mundo, que debéis hablarles, no del mundo y de sus falsas máximas, sino de las gracias que recibieron de Dios, y de la obligación que tienen de mostrarse agradecidos; que debéis instruirlos, no solo de vuestro comercio y de vuestro negocio, sino también y principalmente del gran negocio de la salvación, de las obligaciones del cristiano, del cuidado con que deben evitar el pecado, y pasar una vida conforme á la santidad de su bautismo; que debéis ponerles en las manos algunos buenos libros, juntarlos algunas veces, diciéndoles como el rey profeta: *Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos* (PSALM. XXXIII, 12). Poco sabéis la impresión que hace en ellos cuando les habláis de Dios, una tan santa conversación. Aún cuando su juventud les haga olvidar vuestras instrucciones, es cierto que en una edad más adelantada las recordarán y tendrán un feliz resultado.

No solo debéis instruirlos, sino también corregirlos. De todas las edades, la que tiene más necesidad de este socorro es la juventud. ¿Qué vendrá á ser de esa juventud indisciplinada? ¿cuál será el camino que tomará? Se sabe tan poco, que el Sábio confiesa ingenuamente, que es este un misterio que no puede comprender. Tres cosas me son difíciles de entender, decía ese varón tan ilustrado; el rastro del águila en el aire, el rastro de la culebra sobre la peña, y el rastro de la nave en alta mar; pero una cuarta me es enteramente desconocida, y es el camino de un hombre en su mocedad. (Prov. xxx, 18 et 19). Notad bien todas estas cosas. Un joven tiene en el ímpetu de sus pasiones toda la rapidez y la impetuosidad del águila; tiene en la variedad de sus deseos y en el capricho de sus inclinaciones todas las vueltas y pliegues de la culebra; tiene en los diferentes pensamientos que le dividen y en la multitud de objetos á que se inclina, todo el movimiento de una nave combatida de los vientos y de la tempestad: en una situación tan funesta, ¿cómo se conducirá sin maestro y sin guía que rija el vuelo de esta águila, que señale á esa culebra la derrota que debe seguir, y que conduzca seguramente al puerto á esta nave rodeada de escollos y agitada sin cesar de las tempestades?

Padres, á vosotros toca hacer estos buenos oficios para con vuestros hijos. Vosotros conocéis sus defectos; corregidlos con prudencia y moderación; y si la suavidad no hace nada, no perdoneis á los remedios heróicos. El que no emplea el castigo aborrece á su hijo; pero el que le ama, se aplica á corregirlo. S. Agustín atribuye una parte de los excesos de su juventud á la blanda complacencia de su padre. Con tal que yo, dice, me instruyese y fuese hábil, mi padre no se ocupaba de lo demás; nada se le daba que yo fuese casto ó impúdico, sincero ó embustero, humilde ó soberbio: *Non sat-gebas, pater, qualis crescerem tibi, aut quam castus essem, dummodo essem disertus* (CONF., II, 5). Lo mismo sucede aún hoy en el mundo: si un niño ha hecho alguna galantería ó dicho alguna desvergüenza, dicen que es un chiste y una señal de entendimiento; se excusan sus defectos, algunas veces los alaban, ó si los reprenden es de un modo tan ligero, que se percibe bien que no se sienten verdaderamente. ¿Cómo llaméis vos, gran S. Bernardo, á esta disimulación y á esta complacencia? una muerte y un homicidio (BERN., EP. II). Si; si hubierais reprendido á este niño como era justo, acaso nunca hubiera recaído en semejante falta. Así S. Agustín, que vitupera la complacencia viciosa de su padre, alaba la piedad de su madre, que tenía una conducta enteramente opuesta. Esta, dice el santo, había criado con tanto cuidado á sus hijos en el temor de Dios, que cuando veía á alguno inclinarse á lo malo, le reprendía con severidad y sentía tanto dolor como había sufrido cuando le había dado á luz. Padres, ved aquí vuestra regla; Dios no os ha dado hijos sino para que veáis sobre ellos, para que los inclinéis á la virtud y los apartéis del vicio; para que los reduzcáis, ó por suavidad, ó por severidad al buen camino. No solo debéis instruirlos y corregirlos, sino que también debéis darles buen ejemplo.

Los niños no tienen conversaciones más frecuentes ni más familiares que las que tienen con sus padres, que son sus maestros, y al mismo tiempo sus testigos. Como maestros deben reprenderlos é instruirlos, y como testigos deben edificarlos y no hacer nada en su presencia que pueda escandalizarlos; lo que hizo decir á un antiguo, que se debe tratar á un niño con cierta especie de circunspección y respeto. Ved aquí lo que acerca de este punto escribe S. Jerónimo á una persona de distinción, que le había pedido alguna instrucción sobre el modo como debía educar á su hija. Teneis razón, le dice (HER. EP. VII. LET. DE INSTIT. FILIÆ) en tener gran cuidado de vuestra hija; de su santa educación depende vuestra salvación y la suya. Para este efecto apartad de su compañía á cuantos

creyereis capaces de inspirarle el vicio. No permitais las libertades indecentes de la juventud, ni que se digan palabras ni se canten canciones deshonestas delante de ella; pues con dificultad se borran las primeras impresiones que recibe una persona joven. No aprenda á jurar; mire la mentira como un sacrilegio; ignore el espíritu del siglo y viva como un ángel. Apartad de ella las danzas y los violines, porque muy poco se necesita para marchitar la belleza de una flor. Aplicaos á darla buen ejemplo, no vea jamás en vuestra conducta cosa que pueda escandalizarla.

Estos son los consejos que S. Jerónimo daba á esa señora. No puedo, hermanos míos, deciros cosa más instructiva sobre esta materia. Padres, edificad á vuestros hijos. ¡Ah! Dios no os los ha dado para perderlos, sino para salvarlos.

Reflexionad sobre la cuenta que debéis dar á Dios de vuestros hijos. ¡Oh qué terrible será esta cuenta! Entrad, pues, en vosotros mismos, y cumplid con vuestras obligaciones. Instruid á vuestros hijos, corregidlos, y, sobre todo, dadles tan buen ejemplo, que cuando comparezcáis delante de Dios podáis presentaros con confianza como otros tantos imitadores de vuestras virtudes, y recibir con ellos la recompensa que Dios ha prometido á sus fieles siervos. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PADRES.—Son parricidas de sus hijos cuando les dan mala educación.

Son doblemente padres cuando les guían al bien por sus avisos y buenos ejemplos.

PADRES.—No deben escuchar la antipatía que encuentran en sus hijos.

No deben violentar su vocación.

No deben exasperarlos cuando les corrigen.

Véase: EDUCACION DOMÉSTICA Y EDUCACION RELIGIOSA.

## PALABRA DE DIOS.

(NECESIDAD DE OIRLA.)

I.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

(MATH. IV, 4.)

Debiendo anunciaros hoy la palabra de Dios como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio, que acabais de oír: ningún exhorto juzgo más á propósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto: *os exhorto*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor: ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud*. Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, grabéis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccesible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelso. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los más altos monarcas. ¡Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religión y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesi-